



IGNACIO M.<sup>a</sup>  
MIGUEL ALLENDE.

Copiado del cuadro que existe en la galería del Palacio Nacional

LIT. DE HERRIARTE, MEXICO.

---

IGNACIO ALLENDE.

—  
1779.—1811.  
—

**M**AS de medio siglo ha trascurrido desde que la nación mexicana tomó por vez primera posesion de su libertad y de su independencia,—y aún no están fijados con plena claridad en los fastos nacionales los verdaderos contornos de aquellos héroes, las reales proporciones de aquellas luchas, el santo carácter de aquella epopeya, las maldades inauditas de nuestros opresores, el despotismo secular que pesaba sobre nuestros hermanos ahogando los gritos de la conciencia, y dorando con el falso oropel de una decrepita é imbécil monarquía, las desnudeces, el hambre, la miseria, la ignorancia y la abyeccion de nuestro pueblo.

Varias son las causas que han contribuido á establecer este singular estado de cosas. La mas poderosa de ellas, ha dependido, sin duda alguna, de las conmociones políticas de nuestro desgraciado país. De tal manera ha estado oscurecido el horizonte nacional con el humo y el estruendo de las batallas que, ó no hemos tenido tiempo para buscar en medio de esta densa atmósfera las formas precisas que pertenecen á nuestra independencia, ó cuando las hemos buscado, nuestra investigacion se ha resentido del medio ambiente que nos rodeaba. Pero esta circunstancia, por poderosa que haya sido, no es la única rémora que ha detenido los progresos de nuestra historia. Por desgracia, la mayor parte de las personas que han escrito sobre la independencia, han pertenecido y pertenecen al partido conservador, ó al moderado; y, natural es, que los escritores católicos, retrógrados, monarquistas y fanáticos que forman el primero, ó las personas vacilantes, débiles, temiendo siempre las consecuencias, buscando siempre los términos medios, dotados de poco valor moral y de grande temor al infierno que constituyen el segundo, no hayan podido pronunciar un recto juicio, ni pintar con los colores de la realidad, á esas figuras audaces y luminosas de la Revolucion Mexicana, que con tanta gloria se destacan sobre el fondo negro de la conquista, y que con tanto brio atacaron las cadenas que esclavizaban á nuestra patria, devolviéndonos la libertad, á nosotros arrancada, por todo lo que habia de mas criminal, de mas repugnante, de mas infame y de mas asqueroso en los presidios de la Metrópoli Española.

Y este ejemplo legado por los historiadores es acogido por la mayor parte de nuestros novelistas, de nuestros literatos, de nuestros poetas, de nuestros artistas. El novelista generalmente escoje sus tipos entre la sociedad francesa; y aunque la escena pasa en México, se descubren, á poco andar, los sentimientos y los chistes que caracterizan á los héroes de Paul de Kock. Los poetas cantan al Mártir del Gólgota, á la hija de Jephthé, y traducen las odas de Horacio ó las Eglogas

de Virgilio. Los periodistas gastan sumas fabulosas de tinta en ennegrecer á los personajes políticos del dia, ó en ensalzar las reputaciones mas ó menos problemáticas de los potentados oficiales. Los artistas se ocupan en traducir á la plástica las discusiones geológicas que inundaron de *luz* y de *utilidad* á las inteligencias de la Edad Media; y sea por ignorancia, sea por pasion política, sea por indiferentismo, sea por descuido, el resultado es que nuestra historia es desconocida, y que vivimos en una época en que D. Antonio López de Santa-Anna pretende los honores del triunfo, y en que se nos asegura que el hombre que vendió á su país, que tuvo en sus manos la caja de Pandora y desató sobre esta tierra todos los males que nos aquejan, que tiranizó con la miserable tiranía de un *bey* de Tunez á este sufrido y dócil pueblo, es un general ilustre que merece bien de la patria, un manso cordero que, si tuvo algunos errores, triunfó en Tampico de las huestes extranjeras, y vinculó en el título de *Alteza Serenísima* el símbolo de todas nuestras libertades y de toda nuestra gloria! . . .

Y si la historia contemporánea, los hechos que han pasado ante nuestra vista, se desnaturalizan hasta este punto, — ¡qué extraño es que Alaman y sus imitadores ensalcen á la dominacion española y anatematicen á la independencia; que levanten un trono á Iturbide, y construyan un cadalso para Hidalgo y Allende!

Tiempo es ya de protestar contra estas falsedades. Tiempo es ya de pintar leal y sinceramente esa época agitada y grandiosa. Tiempo es ya de consagrar algun tributo de gratitud á los hombres que nos han dado la vida al darnos la libertad. Por eso se ha escrito este libro; y por eso nos hemos reunido aquí los que deseamos desvanecer las brumas que por tanto tiempo han envuelto, como en un sudario, la cuna de la República Mexicana.

## I.

Una de las figuras de la revolucion que mas ha sufrido por la ingratitud de la historia, es Ignacio Allende. Casi todos los historiadores indican de una manera vaga que él fué el iniciador de la independencia; pero pronto, fascinados por el prestigio de Hidalgo, le abandonan para estudiar la caracterizada individualidad del cura de Dolores, y dejan en el mas completo olvido á un hombre que bien lejos está de merecer semejante silencio.

Mi pluma es demasiado débil para rectificar victoriosamente este falso juicio; pero me propongo trazar su vida á grandes rasgos demostrando que si debe establecerse un paralelo entre Hidalgo y Allende, no será ciertamente el defensor de Guanajuato el que ocupe el segundo lugar.

Pocos son los datos que existen acerca de la juventud de Allende.

Nació el 20 de Enero de 1779 en la villa de San Miguel el Grande, de la provincia de Guanajuato. Fueron sus padres D. Domingo Narciso de Allende, español acomodado y D.<sup>a</sup> Mariana Uraga, que pertenecía á una de las principales familias de ese lugar. Habiendo muerto D. Domingo, quedó encomendada la familia á un español, D. Domingo Berrio, que cuidó con esmero de los intereses á él confiados, arregló los negocios pendientes, satisfizo las deudas, y entregó á la familia una cantidad considerable de dinero como fruto de su administracion.

Bastante jóven aún, casó con una señorita de la familia Fuentes que murió poco tiempo despues sin dejarle sucesion; y cuando comenzó á figurar en la revolucion era capitán en el regimiento provincial de caballería de la Reina, ubicado en San Miguel el Grande y pueblos inmediatos. Ya antes habia estado en el canton de San Luis á las órdenes de Calleja en tiempo del virey Marquina, y habia concurrido al canton formado por Iturrigaray en Jalapa,—canton que, como veremos despues, fué la cuna primera de las ideas de independencia, y en donde se distinguió en los ejercicios militares, habiendo merecido varias distinciones del virey. "Era hombre de buena figura, de fuerzas hercúleas, de valor, instruido en su arma, hasta donde lo eran los oficiales de su época" dice D. Anastasio Zerecero (1). Alaman añade con su bondad acostumbrada, que era muy inclinado al juego, á las mujeres y á toda clase de disipaciones; pero no he encontrado hecho alguno que justifique estas aseveraciones del gran sacerdote de la reaccion.

## II.

Estudiemos los motivos que impulsaron á Iturrigaray á formar el canton de Jalapa. Habla Alaman: "La Inglaterra

(1) Memorias para la Historia de las Revoluciones en México.—México, 1869.—Pág. 27.

con mas extensas miras que las que hasta entonces habia tenido, hizo en 1806 un ataque formal á Buenos-Aires, con el objeto de establecerse en las provincias del rio de la Plata; y aunque el ejército que llegó á ocupar aquella ciudad en 1807 se vió obligado á capitular, se preparaba otro que debia haber mandado Sir Arthur Wellesley, tan famoso despues con el título de Lord Wellington, y cuyo destino se dudaba si era para el mismo Buenos-Aires ó para Nueva-España. Por estos amagos formó el virey Iturrigaray desde el año de 1806, un canton de tropas en Jalapa, Perote y otros puntos inmediatos, en el que se reunieron cosa de catorce mil hombres, tanto de cuerpos veteranos como de milicias.... Ejercitábanse asiduamente estos cuerpos en evoluciones militares y en el manejo de las armas; y en el mes de Enero de 1808, estuvo el virey á hacerlos maniobrar todos juntos como en una funcion de guerra, en la llanura del Encero á pocas leguas de Jalapa, en la que se reunieron veinte batallones de infantería, veinticuatro escuadrones de dragones, y un tren de treinta y cuatro piezas de artillería. Así se prepararon las tropas de Nueva-España para las operaciones de la campaña; se formó en ellas un espíritu militar que antes no habia; los gefes y los soldados se conocieron y se pusieron en comunicacion unos cuerpos con otros, excitándose una noble rivalidad y un empeño de distinguirse, hasta entonces desconocido en estos países, que por tantos años habian disfrutado de una profunda paz.... La reunion de tropas en el canton de Jalapa habia hecho concebir alta idea de la fuerza militar del país, y los que tenian algun pensamiento de independencia, veian en aquel ejército el medio de efectuarla y sostenerla; aún se dice que esto era materia de conversacion entre los mismos gefes." (1)

Aquí fué donde Allende conoció á Iturrigaray y en donde tuvieron varias entrevistas y conversaciones. El carácter franco, leal y caballeresco del virey cautivó á toda la oficialidad.

(1) Historia de México.—México, 1846.—Pág. 146.

Nada extraño seria que las primeras ideas del congreso que proyectó Iturrigaray hubiesen sido comunicadas libremente en el campamento. Sea de ello lo que fuere, el hecho es que desde esa época comenzó con mas fuerza la propaganda revolucionaria, y que los gefes que allí se reunieron formaron el círculo del ejército independiente.

## III.

Léjos, muy léjos de mí, pretender por un momento siquiera, que la independencia se haya debido al disgusto causado por las violencias de que fué víctima Iturrigaray.—Las revoluciones que cambian la faz de un país, no son nunca el producto de un solo hecho, de un solo acontecimiento, por importante que estos sean. Una idea de esta clase no nace, no puede nacer en un cerebro aislado; proviene de mil acontecimientos cuyo lógico encañamiento produce al fin la tempestad; y, así como en el órden físico las grandes convulsiones de la naturaleza reconocen un origen múltiple é inevitable, así tambien en el órden moral las grandes revoluciones de la sociedad están sugetas á leyes no menos precisas, ni ménos ineludibles. La Revolucion Inglesa no dependió de la clausura del *Long Parliament* por Carlos I, como la Holandesa no dependió de las crueldades del duque de Alba, como la Americana no dependió de la introduccion del té á Boston, como la francesa no dependió del *Serment du Jeu de*

*Paume*, como la nuestra no dependió de la prision de Iturrigaray y del disgusto que este acontecimiento produjo en los ánimos de los criollos.—Sin duda todos estos grandes sucesos estallaron á consecuencia de determinado abuso. Pero estos abusos fueron los *pretestos*, las chispas que cayeron sobre la mina de pólvora é incendiaron á esas sociedades, y de ninguna manera, las causas determinantes y decisivas.

Impresion dolorosa causó en el país este atentado. Y es que, por vez primera, se tendia ante la vista del pueblo mexicano una esperanza de corregir los abusos horribles que durante tanto tiempo pesaban sobre él. La convocacion de un Congreso Nacional era justamente considerada como una medida del todo indispensable. El país por fin haria resonar en los oídos de sus conquistadores los quejidos de su miseria. De manera, que luego que hubo desvanecido esta lisongera ilusion con el motin que el oidor Aguirre y D. Angel Yermo fraguaron en contra del virey, hubo de principiarse la fermentacion de las pasiones y comenzaron á reunirse los patriotas en varios puntos del reino.

Alaman, el eterno é implacable enemigo del partido liberal, el que ha torturado la historia patria para proporcionar armas á los suyos, denigrando siempre las altas reputaciones, y ensalzando siempre á las mas viles y miserables figuras de la revolucion,—se espresa en estos términos de los orígenes de nuestra independendia,—términos que demasiado tiempo han pasado desapercibidos por los escritores nacionales: “Hánse alegado tambien las razones generales del derecho imprescriptible que las naciones tienen, para reclamar en cualquier tiempo su independendia y libertad, cuando la han perdido: de la imposibilidad é inconvenientes que ofrecia el que unas posesiones tan extensas fuesen regidas desde una metrópoli distante, á la que se dirigian como una vena inagotable de plata y oro los tesoros de toda la América, sin enriquecer y fecundar los países de su procedencia; pero estas razones son las unas insubsistentes y las otras de mera conveniencia. No eran los restos de las naciones que antes domi-

naron en el país, las que promovian la independendia, ni esta tenia por objeto reponerlas en sus derechos usurpados por la conquista; promovianla los descendientes de los conquistadores, que no tenían otros derechos que los que les habia dado esa misma conquista, contra la cual han declamado con una especie de frenesí imposible de explicar, como si fuesen los herederos de los pueblos conquistados y estuviesen en la obligacion de vengar sus agravios. Las razones de conveniencia eran, pues, las únicas que habia, y estas eran decisivas y evidentes; pero cuando España se veia invadida por un enemigo de tan gran poder, parecia muy poco generoso pretender apartarse de una nacion, con la que México habia estado ligado por tres siglos *con tan íntimas y estrechas relaciones*, negándole los auxilios que pedia en su mayor apuro para sostener una guerra, en que se hallaba empeñada por necesidad y que se habia decidido á hacer, por un acto admirable de heroismo.”

Dos son los argumentos de Alaman. El primero se dirige á probar que no eran los descendientes de los mexicanos los que promovieron la independendia, sino los descendientes de los españoles, y que, por tanto, no habia agravio que vengar ni derechos que podian hacerse valer. El segundo, tacha de ingratos á los insurgentes que hicieron estallar su revolucion en los momentos mas angustiosos para España, cuando luchaba desesperadamente contra la invasion francesa; y como quiere que el partido conservador en todo tiempo y en toda ocasion repite estas dos aseveraciones, conveniente será examinarlas someramente para fijar su peso y su valor.

Los conquistadores que primero aribarón á México venian poseidos de una insaciable sed de oro, sed que no pudo ser apagada ni con las riquezas de la corte de Motecuhzoma, ni con la espoliacion completa de todo el reino conquistado. Para tentar aventuras de esta especie, necesario es pertenecer á las últimas capas sociales de un país, y carecer de familia, de moralidad, de fortuna, de probidad. Y como los peligros siempre eran los mismos, y como jamás entró en la mente de

la España establecer una colonia firme y duradera en nuestro país procurando conciliarse la buena voluntad y el amor de los naturales, pues lo que se buscaba era el oro, y nada mas que el oro,—sucedió que toda la emigracion de la Metrópoli hasta la independencia, seguia reclutándose entre las clases mas criminales y mas aventureras de las provincias españolas. El conquistador traia como único patrimonio sus armas, su crueldad y su ambicion; casi nunca venia acompañado de su familia; uníase con la india primera que encontraba, y luego que llegaba á reunir su fortuna volvíase á su país para gozar del fruto de sus audaces rapiñas y de sus infames especulaciones. Los hijos de estos hombres no eran ya españoles puros: sangre india, sangre vil corría por sus venas; y aunque grande era el prestigio del nombre y del blason europeos, formóse bien pronto una raza de bastardos que, si participaba de la conquista, tambien participaba de los conquistados. Esta raza es la que primero arrojó el guante á los europeos, la que le hizo cruda guerra, la que protestaba contra aquellas iniquidades, la que nos dió la independencia, la que domina hoy en nuestro país, la que tiene mas inteligencia, la que odia Alaman, la que forma el partido liberal republicano, la que escribe este libro. Esa raza que segun Alaman no tenia mas prerogativas que las que le fueron concedidas por la conquista, tenia que vengar la mancilla de sus madres y la infamia de sus padres; tenia que vengar tres siglos de oprobio y de vergüenza; tenia que romper los grillos materiales que ataban á sus miembros, y los grillos morales que ataban á su conciencia; tenia que sacudir el mas infame y el mas detestable yugo de que hace mencion la historia en los anales de los pueblos víctimas; tenia que protestar contra ese sistema de embrutecimiento que siempre fué la ley severa y única, que debimos á nuestros verdugos; tenia que alzar la voz para condenar los abusos, los diezmos, las encomiendas, el fanatismo, la maldad que reinaban con tanto absolutismo sobre este pobre pueblo; tenia que derribar todas maldecidas murellas levantadas por nuestros opresores para que no pudiésemos

mos asistir al gran festin de la civilizacion que los enciclopedistas del siglo XVIII prepararon á la humanidad, y para que no pudiésemos contemplar cómo se levantaba la augusta y venerable figura de Washington sobre los escombros de una tiranía ménos opresora y ménos despiadada que la que cubria de luto á nuestros hogares. Aún hay mas. Los Estados-Unidos cuya situacion era bien diferente de la nuestra, supuesto que allí no se amalgamaron las razas, ni hubo mezcla alguna de sangre,—proclaman su independencia de la metrópoli, es decir, de sus mismos padres, y no creo que exista en el dia un audaz que se atreva vez alguna á contrariar á esa nacion el indiscutible derecho de haberse independido de la madre-pátria. Pero hay una série de razones que Alaman, siguiendo las tradiciones de su partido, no podia tener en cuenta, y que, sin embargo, son las decisivas en esta materia. Quiero suponer que los insurgentes nada tenian que vengar, ni poseian una sola gota de sangre india, ni tenian otros derechos que los concedidos por la conquista. Pero,—¿existen acaso las soberanías eternas de una nacion sobre otra nacion? ¿Perteneçiamos en *propiedad* á los soberanos españoles, y subsistia la donacion que un papa célebre hizo de la Nueva-España, á los reyes católicos? ¿Un pueblo, un país entero puede abdicar *para siempre* su libertad en manos de otro pueblo? No es necesario, pues, buscar en nuestro secular martirio la razon de nuestra independencia. Nos hicimos independientes en virtud del derecho que toda nacion tiene en todas circunstancias y en todas épocas, de reasumir ó de establecer su soberanía sagrada. Nos hicimos independientes porque abrogamos la delegacion de poderes, que nuestra debilidad nos hizo confiar á las españolas manos. Nos hicimos independientes por la misma razon que impulsó á la España en el siglo XV á destruir la dominacion árabe despues de siglos de planteada aquella en la tierra de Don Opas y del conde D. Julian. Nos hicimos independientes porque encima de la voluntad del soberano se encuentra la voluntad del pueblo, porque encima de miserables títulos de

falsa propiedad, se encuentran los títulos que poseía México para arrojar de su seno, á los que la estaban matando con un veneno lento, pero seguro.

En cuanto á lo de la ingratitud manifestada por los insurgentes al iniciar su revolucion en los momentos en que la España combatia las huestes de Napoleon, fácil es contestar victoriosamente este cargo. Un carcelero cruel nos encierra en un húmedo calabozo; allí nos carga de cadenas, nos llena de humillaciones, nos mata de hambre, nos niega la luz del dia. Pero este carcelero tiene un enemigo; éste llega á las puertas de la prision y comienza entre ellos una lucha á muerte. Nosotros, ó al menos Alaman en ese caso, léjos de romper sus hierros y buscar la libertad que tan inesperadamente ha venido á tocar á sus puertas, ayudaria, no lo dudamos, á su carcelero para que, una vez obtenida la victoria, mas pesadas fuesen las cadenas, y mas horrible la esclavitud!

¡Gratitud; en verdad! ¿Quereis saber el poder que todo virey ejercia sobre nosotros? . . . . El virey duque de Linares, —y esto lo tomo de la misma obra de Alaman,—en la instruccion que dejó á su sucesor el marqués de Valero se expresa en estos términos: “*Si el que viene á gobernar este reino no se acuerda repetidas veces, que la residencia mas rigurosa es la que se ha de tomar al virey en su juicio particular por la magestad divina, puede ser mas soberano que el gran turco, pues no discurrirá maldad que no haya quien se la facilite, ni practicará tiranía que no se le consienta.*”

Y sin embargo, nosotros los prisioneros mandamos á España en 1808 mas de catorce millones de pesos! . . . .

## IV.

Si me he detenido en las consideraciones anteriores, es porque creo que es importantísimo marcar el verdadero carácter que pertenece á nuestra revolucion contra la dominacion española. Pero tiempo es ya de volver á Allende y seguir á este grande hombre en su dolorosa peregrinacion hasta llegar al martirio.

Las ideas revolucionarias que habian germinado en el campamento del Encero, pronto fueron propagadas en todo el país y arraigaron profundamente en la conciencia nacional.

En Setiembre de 1809, D. José Mariano de Michelena, natural de Valladolid, y teniente del regimiento de infantería de línea de la Corona, organizó una conspiracion que tenia por objeto formar, en dicha ciudad, un congreso general que gobernase al país en nombre de Fernando VII.—Los principales motores de este movimiento, fueron D. José María Garcia Obeso, militar que tambien habia estado en el canton de Jalapa, Fr. Vicente de Santa María, el cura de Huango D. Manuel Ruiz de Chavez, el Lic. D. José Nicolás de Michelena hermano del militar, el Lic. Soto Saldaña, el teniente D. Mariano Quevedo y muchos mas. Esta conspiracion fracasó por la denuncia del cura de la catedral de Morelia D. Francisco de la Concha, y aunque esta tentativa no estuvo relacionada en manera alguna con la revolucion iniciada por Allende